

cia. Los prusianos situados en las avanzadas transmitían estos falsos *Monitores* á los soldados de la guarnición, y su lectura difundía la mayor inquietud, agregándose á los padecimientos que ya se sufrían el pesar de defender tal vez una causa perdida. No obstante, todos esperaban diciéndose: «El ejército del Rhin llegará muy pronto;» y algunas veces exclamaban: «Ya llega.» Cierta noche se oye un fuerte cañoneo lejos de la plaza: despiertan todos con alegría, corren á las armas, y se disponen á marchar al encuentro del cañón francés, para coger al enemigo entre dos fuegos. ¡Vana esperanza! El ruido cesa, y el ejército libertador no aparece. Por último, la escasez llegó á ser tan insostenible, que dos mil habitantes pidieron permiso para salir; Aubert-Dubayet se lo concede, pero no habiéndoles recibido los sitiadores, quedaron entre dos fuegos, y murieron muchos bajo los muros de la plaza. Por la mañana se vió á varios soldados traer bajo sus capotes niños heridos.

Entretanto el ejército del Rhin y del Mosela no avanzaba. Custine le había mandado hasta el mes de junio, y abatido aún por su retirada, no dejó de vacilar durante abril y mayo. Aseguraba que no tenía suficiente fuerza; que necesitaba mucha caballería para contener los esfuerzos de la enemiga en las llanuras del Palatinado; que carecía de forrajes para sus caballos; que debía esperar á que los centenos estuvieran más crecidos para segarlos, y que entonces marcharía al socorro de Maguncia. Beauharnais, su sucesor, vacilando como él, perdió la ocasión de salvar la plaza. La línea de los Vosgos, según es sabido, costea el Rhin y va á terminar no lejos de Maguncia. Ocupando las dos vertientes de la cadena y sus pasos principales se consigue una ventaja inmensa, porque puede marcharse por una ú otra parte y anonadar al enemigo con todas las fuerzas reunidas, y esta era la posición de los franceses. El ejército del Rhin ocupaba el costado oriental y el del Mosela el occidental; Brunswik y Würmsér estaban extendidos al fin de la cadena en un cordón muy dilatado; de modo que ambos ejércitos, disponiendo de los pasos, podían reunirse en una ó dos vertientes, derrotar á Brunswik ó á Würmsér, coger á los sitiadores por la espalda, y salvar á Maguncia. Beauharnais, valiente, pero poco emprendedor, hizo movimientos y no socorrió la guarnición.

Los representantes y los generales encerrados en Maguncia, juzgando que no se debían llevar las cosas hasta el último extremo; que si se podía esperar ocho días más se podría carecer de todo y verse en la precisión de entregar la guarnición prisionera; que capitulando se obtendría por el contrario la libre salida con los honores de la guerra y que se conservarían así veinte mil hombres que habían llegado á ser los más valerosos soldados del mundo á las órdenes de Kléber y Dubayet, acordaron que se debía rendir la plaza. Sin duda que esperando algunos días más Beauharnais hubiera podido salvarla; pero después de esperar tanto tiempo, era permitido no pensar ya en el socorro, al paso que las razones de rendirse eran determinantes. El rey de Prusia fué condescendiente en sus condiciones; sólo impuso la de que la guarnición no sirviera en un año contra los coligados, y la dejó salir con armas y bagajes; pero aún quedaban bastantes enemigos en

el interior para utilizar aquellos admirables soldados, á quienes llamaron después los *Maguntinos*. Se habían encariñado tanto con la plaza, que no querían obedecer á sus generales cuando fué preciso salir de ella. ¡Singular ejemplo del espíritu de cuerpo que se establece en un punto, y del afecto que se adquiere por un punto defendido durante algunos meses! Sin embargo, la guarnición cedió, y mientras desfilaba, el rey de Prusia, admirado de su valor, llamaba por su nombre á los oficiales que se habían distinguido durante el sitio, y los cumplimentaba con la más caballeresca cortesía. La evacuación se efectuó el 25 de julio.

Hemos visto á los austriacos bloqueando la plaza de Condé y estableciendo el sitio regular de Valenciennes: estas operaciones, conducidas simultáneamente con las del Rhin, tocaban á su término. El príncipe de Coburgo, á la cabeza del cuerpo de observación, daba frente al campamento de César, y el duque de York mandaba el cuerpo de sitio. El ataque, proyectado al principio contra la ciudadela, se efectuó después entre el arrabal de Marly y la puerta de Mons; este frente presentaba mucho más desarrollo, pero estaba menos defendido, y se prefirió como más accesible; propúsose batir las obras durante el día, é incendiar la ciudad por la noche, á fin de aumentar el desconsuelo de los habitantes y obligarlos á rendirse más pronto. El 14 de junio se hizo la intimación á la plaza, á la que contestaron con la mayor dignidad el general Ferrand y los representantes Cochón y Briest. Habían reunido una guarnición de siete mil hombres é inspirado muy buenas disposiciones á los habitantes, una parte de los cuales, organizándose en compañías de artilleros, prestaron muy útiles servicios.

Abriéronse sucesivamente dos paralelas en las noches del 14 y 19 de junio, armadas de formidables baterías y que causaron en la plaza terribles destrozos. Los habitantes y la guarnición correspondieron al vigor del ataque destruyendo varias veces los trabajos de los sitiadores; pero el 25 de junio, sobre todo, fué horrible. El enemigo incendió la plaza hasta el mediodía, sin que ésta contestase por su parte; mas á dicha hora, el horroroso fuego que se hizo desde las murallas sembró en las trincheras la confusión, el terror y la muerte que habían reinado en la ciudad. El 28 de junio se abrió la tercera paralela, y el valor de los habitantes comenzó á ceder. Una parte de aquella ciudad opulenta estaba ya incendiada; los niños, los ancianos y las mujeres se hallaban en los subterráneos, y la rendición de Condé, que acababa de ser tomada por hambre, aumentaba aún el desaliento de los sitiados. Habíanse enviado algunos emisarios para seducirlos, y comenzaban á formarse grupos que pedían la capitulación; la municipalidad estaba animada de las mismas disposiciones de los habitantes y entendiase secretamente con ellos. Los representantes y el general Ferrand contestaron con la mayor energía á las peticiones que se les hicieron; y con el auxilio de la guarnición, cuyo valor llegaba ya al más alto grado, despejaron los grupos.

El 25 de julio prepararon los sitiadores sus minas, disponiéndose al asalto del camino cubierto. Felizmente para ellos estallaron tres globos de compresión en el momento mismo en que las minas de la guarnición iban á obrar y á destruir sus trabajos; y entonces lanzá-

ronse en tres columnas, franquearon las empalizadas y penetraron en el camino cubierto. Atemorizada la guarnición, retirábase ya, abandonando sus baterías; pero el general Ferrand la condujo de nuevo á las murallas, y la artillería, que había hecho prodigios durante todo el sitio, causó aún grandes destrozos entre los sitiadores, deteniéndolos casi á las puertas de la plaza. Al día siguiente, 26, el duque de York intimó la rendición al general Ferrand, anunciando que, transcurrido el día, no escucharía ya proposiciones, y que los habitantes y la guarnición serían pasados á cuchillo. Al tenerse conocimiento de esta amenaza los grupos llegaron á ser considerables; una numerosa multitud, en la cual se veían muchos hombres armados de pistolas y puñales, rodearon á la municipalidad, y doce individuos tomaron la palabra en nombre de todos, exigiendo formalmente la rendición de la plaza. En el consejo de guerra reinaba el mayor tumulto; ninguno de sus individuos podía salir, pues todos estaban cercados hasta que se decidiese la rendición. Dos brechas, unos habitantes mal dispuestos y un sitiador esforzado no permitían resistir más tiempo, y la plaza se rindió el 28 de julio. La guarnición, saliendo con los honores de la guerra, se vió obligada á entregar las armas; pero pudo entrar en Francia con la única condición de no servir contra los coligados en el término de un año. Siempre eran siete mil valerosos soldados, que podían prestar grandes servicios contra los enemigos del interior. Valenciennes había sufrido cuarenta y un días de bombardeo, recibiendo ochenta y cuatro mil balas, veinte mil granadas, y cuarenta y ocho mil bombas. El general y la guarnición habían cumplido con su deber y la artillería se cubrió de gloria. En aquel momento la guerra del federalismo se reducía á sus dos calamidades verdaderas: la revolución de Lyon por una parte, y la de Marsella y Tolón por otra.

Lyon consentía en reconocer á la Convención, pero rehusando obedecer á dos decretos, el que reclamaba para París los procedimientos comenzados contra los patriotas, y el que destituía á las autoridades, ordenando la formación de un nuevo Ayuntamiento provisional. Los aristócratas ocultos en Lyon atemorizaban á la ciudad con el establecimiento del antiguo ayuntamiento montañés, y por temor de inciertos peligros la arrastraban á los verdaderos de una revolución declarada. El 15 de julio condenaron á muerte los lioneses á los dos patriotas Chalier y Riard, y desde este día se les declaró en estado de rebelión. Viendo los dos girondinos Casset y Biroteau aparecer el realismo, se retiraron. No obstante, habiendo reemplazado al presidente de la comisión popular, que protegía á los emigrados, las determinaciones fueron desde entonces un poco menos hostiles. Reconocían la Constitución y ofrecían someterse, pero siempre con la condición de no ejecutar los dos decretos principales. En este intervalo, los caudillos fundían cañones, acopiaban municiones, y parecía que las dificultades no debían terminarse sino por la fuerza de las armas.

Mucho menos temible era Marsella, pues sus batallones, arrollados más allá del Durance por Carteaux, no podían resistir mucho tiempo; pero había comunicado á la ciudad de Tolón, hasta entonces tan republicana, su espíritu de rebelión. Este puerto, uno de los

primeros del mundo y del Mediterráneo, daba envidia á los ingleses que cruzaban en sus aguas. Varios emisarios de Inglaterra intrigaban sordamente en él, y preparaban una traición infame. Las secciones se habían reunido el 13 de julio, y procediendo como todas las del Mediodía, habían depuesto al Ayuntamiento y cerrado el club jacobino. Transmitida la autoridad á manos de los federalistas, estaba á punto de pasar sucesivamente de fracción en fracción á los emigrados y á los ingleses; y el ejército de Niza, en su estado de debilidad, no podía evitar tamaña desgracia. Todo era de temer, y aque-



El general Beauharnais

lla gran borrasca, amenazadora en el horizonte del Mediodía, se había fijado en dos puntos, en Lyon y Tolón.

Hacia dos meses que la situación se había pronunciado, siendo más grave y determinado el peligro que antes parecía menos aterrador. En el Oeste estaba la llaga devoradora de la Vendée; en Marsella había una obstinada sedición; en Tolón una traición sorda; en Lyon una resistencia abierta y un sitio; en el Rhin y en el Norte era la pérdida dos baluartes que habían contenido largo tiempo á la coalición, impidiendo al enemigo marchar sobre la capital. Septiembre de 1792, cuando los prusianos avanzaban sobre París, después de haber tomado á Longwy y Verdún; abril de 1793, después de la retirada de Bélgica, de la derrota de Neerwinden, de la defección de Dumouriez y del primer levantamiento de la Vendée, y 31 de mayo de 1793, después de la insurrección universal de los departamentos, la invasión del Rosellón por los españoles y la pérdida del campamento de Famars, fueron sin duda tres épocas en que los peligros se presentaron aterradores, pero acaso nunca tan verdaderos como en esta cuarta y última crisis de la revolución. Francia era menos ignorante, menos novicia en la guerra que en septiembre de 1792; no le atemorizaban las traiciones tanto como en abril de 1793;

no estaba tan acosada por las insurrecciones como en 31 de mayo y 12 de junio; pero si era más aguerrida y se la obedecía mejor, invadíanla en cambio á un tiempo por todos los puntos, por el Norte, por el Rhin, por los Alpes y los Pirineos.

Sin embargo, no se conocerían aún todos los males que afligían entonces á la república si nos limitásemos á considerar los cinco ó seis campos de batalla en que corría la sangre humana; pues el interior del país ofrecía un espectáculo verdaderamente deplorable. Los granos eran siempre caros y escasos, de tal manera que se veían en las puertas de los tahoneros peticiones continuas para alcanzar un poco de pan; y vanamente se disputaba con los vendedores ó mercaderes para hacerles recibir los asignados en cambio de los objetos de primera necesidad. El padecimiento había llegado á su colmo: quejábanse el pueblo de los logreros que ocultaban los géneros, de los agiotistas que los encarecían y que por medio de su tráfico desacreditaban los asignados. El gobierno, tan disgustado como el pueblo, no tenía para subsistir más que los asignados que se habían de dar en cantidad tres ó cuatro veces más considerable para pagar los mismos servicios, no atreviéndose á emitir otros por temor de desconcepcionarlos más; de modo que ya no se sabía cómo mantener al pueblo y al gobierno.

Con todo, la producción general no había disminuído, y aunque la noche del 4 de agosto no hubiese producido todavía sus grandes efectos, no carecía la Francia de trigo, ni de materias primeras y elaboradas; pero su distribución igual y tranquila se había imposibilitado con los efectos del papel moneda. Como la revolución, al abolir la monarquía, había querido pagar todas sus deudas, y no por destruir la venalidad de los empleos se había dispensado de reintegrar su valor á los que los habían comprado, contaba para todo esto y para defender el nuevo orden de cosas contra la Europa conjurada, con los bienes nacionales confiscados al clero y á la nobleza. Para poner en circulación el valor de estos bienes había inventado los asignados, que los representaban y que por medio de compras debían volver al erario y quemarse después, pero como se dudaba del triunfo de la revolución y de la validez de las ventas, no se compraban los bienes, y los asignados subsistían en circulación como una letra de cambio no aceptada, y se envilecían con la desconfianza y la excesiva cantidad.

Sólo el metálico permanecía siempre como la medida real de los valores, y nada perjudica tanto á una moneda de difícil circulación como la rivalidad de otra cierta y corriente. La una se guarda y no se da, la otra se ofrece en abundancia y la desacreditan, y esta fué la suerte de los asignados respecto del metálico. La revolución, condenada á valerse de medios violentos, ya no podía detenerse. Había puesto en circulación forzosa el valor anticipado de los bienes nacionales, y debía tratar de sostenerla por medios forzosos. El 11 de abril, á pesar de los girondinos que luchaban generosa, pero imprudentemente, contra la fatalidad de aquella situación revolucionaria, la Convención impuso el castigo de seis años de presidio á cualquiera que vendiera metálico, es decir, que cambiara cierta cantidad de plata ú oro por otra mayor nominal en asignados. Imponía

la misma pena á todo el que estipulase para las mercancías un precio distinto, según se hiciera el pago en numerario ó en asignados.

Estos medios no impedían que la diferencia se pronunciase rápidamente. En el mes de junio, un franco en metálico valía tres en asignados, y en agosto, dos meses después, valió seis; la proporción en la disminución, que era de uno á tres, se elevó de uno á seis.

En semejante situación, los traficantes rehusaban dar sus mercancías al mismo precio que otras veces, porque la moneda que se les daba no tenía más que la quinta ó sexta parte de su valor; y en su consecuencia las guardaban, negándose á cederlas á los compradores. Sin duda que esta disminución de valor hubiera sido para los asignados un inconveniente del todo nulo, si todo el mundo, recibiendo sólo por lo que valían realmente, los hubiese tomado y dado en los mismos términos. En este caso, siempre hubieran podido hacer las veces de signo en los cambios, sirviendo en la circulación como cualquiera otra moneda; pero los capitalistas que vivían de sus rentas, y los acreedores del Estado, que recibían una renta anual ó el reembolso de un empleo, veíanse en la precisión de aceptar el papel según su valor nominal. Todos los deudores se apresuraban á pagar; y obligados los acreedores á tomar un valor ficticio, sólo recibían la cuarta, quinta ó sexta parte de su capital. Por último, la clase jornalera, siempre obligada á ofrecer sus servicios y á prestarlos á quien los aceptaba, no sabiendo avenirse para que aumentaran los jornales en el doble ó en el triple, á medida que los asignados disminuían en la misma proporción, recibía sólo una parte de lo que le era indispensable para obtener en cambio los objetos que exigían sus necesidades. El capitalista, medio arruinado, estaba descontento y permanecía silencioso; pero enfurecido el pueblo, llamaba logreros á los mercaderes que no querían vender al precio ordinario, y pedía que los enviaran á la guillotina.

Esta enojosa situación era un resultado necesario de la creación de los asignados, así como estos mismos lo fueron de la necesidad de pagar antiguas deudas, ventas de empleos y una guerra ruinosa; y por las mismas causas debía resultar muy pronto el *máximum*. Poco importaba, en efecto, que se hubiese puesto en circulación esta moneda forzosa, si el mercader, elevando sus precios, conseguía substraerse á la necesidad de recibirla. Se debía, pues, poner á los géneros un precio forzoso, como el de la moneda; cuando la ley dijo: el papel vale seis francos, debió añadir: tal mercancía no vale más que seis francos; pues de otro modo el mercader se libraba del cambio poniéndola á doce.

Fué, pues, necesario establecer aún la tasación de los granos, á pesar de los girondinos, que habían dado excelentes razones, tomadas en la economía ordinaria de las cosas. El mayor padecimiento para el pueblo era la falta de pan. No faltaban los trigos; pero los arrendadores, no queriendo exponerse al tumulto de los mercados, ni vender su trigo á cambio de asignados, se ocultaban con su mercancía. El poco grano que se presentaba era comprado al punto por los ayuntamientos y los individuos á quienes el temor inducía á abastecerse. La escasez era mayor aún en París que en ninguna otra ciudad de Francia, porque los abastecimien-

tos para aquella inmensa capital eran más difíciles, los mercados más tumultuosos, y más grande el temor de los arrendadores. El 3 y el 4 de mayo, la Convención no pudo menos de expedir un decreto por el cual quedaban obligados todos aquéllos á declarar la cantidad de trigo que poseían, á proceder á la trilla del que todavía estaba en mieses, á llevarlo exclusivamente á los mercados, y á venderlo á un precio medio fijado por cada Ayuntamiento, tomando por guía los precios anteriores desde 1.º de enero al 1.º de mayo. Nadie debía comprar para atender á sus necesidades por más tiempo de un mes; los que habían vendido ó comprado á un precio superior al *máximum*, ó mentido en sus declaraciones, serían castigados con la confiscación de sus bienes y una multa de 300 á 1.000 francos.

Disponíanse visitas domiciliarias para averiguar la verdad, y además las municipalidades debían enviar al ministro de la Gobernación un estado de todas las declaraciones, á fin de hacer una estadística general de las subsistencias en Francia. El Ayuntamiento de París, agregando sus bandos de policía á los decretos de la Convención, había regulado también la distribución del pan en las tahonas. Nadie debía presentarse sin cédula de seguridad, expedida por los comités revolucionarios; designábase en ella la cantidad de pan que se podía pedir, y ésta era proporcionada al número de individuos de que constaba cada familia. Se previno hasta la manera de ponerse en fila á la entrada de las tahonas: atábase una cuerda á la puerta, y cada cual la empuñaba para no perder su turno y evitar la confusión. Sin embargo, algunas mujeres mal intencionadas cortaban á menudo la cuerda; entonces originábase un tumulto, y debía intervenir la fuerza armada para restablecer el orden. Ya vemos á cuántos disgustos se halla condenado un gobierno, y qué medidas vejatorias debe adoptar cuando se ve en la precisión de verlo todo para ordenarlo. Pero en esta situación, cada cosa se encadena á otra: el curso forzoso de los asignados condujo á imponer los cambios, los precios y hasta la cantidad, y después la hora y la manera de hacer las compras; el último hecho resultaba del primero, y éste fué tan inevitable como la revolución.

Sin embargo, el encarecimiento de las subsistencias, que había producido el *máximum*, se extendía á todos los artículos de primera necesidad. Carnes, legumbres, frutos, especias, combustible, bebidas, telas para vestir, cueros para el calzado, todo aumentó á medida que los asignados bajaban; y el pueblo se obstinaba cada día más en ver logreros en todos los mercaderes que rehusaban recibir una moneda sin valor. Ya se recordará que en febrero saqueó las tiendas de comestibles por consejo de Marat: en julio hizo otro tanto con unos barcos cargados de jabón que por el Sena llegaban á París, é indignado el Ayuntamiento, expidió las órdenes más severas. Pache publicó el siguiente anuncio, tan lacónico como sencillo:

«EL CORREGIDOR PACHE Á SUS CONCIUDADANOS

»París contiene setecientos mil habitantes: el suelo de París no produce nada para su alimento, para vestirse y para la conservación; es preciso, pues, que París lo traiga todo de otros departamentos y del extranjero.

»Si cuando llegan comestibles y mercancías á París las roban los habitantes, se dejará de enviar.

»Y entonces París no tendrá ya nada para el alimento, el equipo y la conservación de sus numerosos habitantes.

»Y setecientos mil hombres que carecen de todo, se devorarán entre sí.»

El pueblo no volvió á saquear; pero pedía diariamente medidas terribles contra los mercaderes, y ya hemos visto como el sacerdote Santiago Roux amotinó á los franciscanos, para que se incluyera en la Constitución un artículo relativo á los logreros. Desencadenábase también contra los agiotistas que, según se aseguraba, hacían subir el precio de los efectos, negociando sobre los asignados, oro, plata y papel extranjero.

La imaginación popular se creaba quimeras y por todas partes veía enemigos encarnizados, mientras que sólo había jugadores ávidos, que se aprovechaban del mal sin producirle, porque no tenían fuerza para ello. El envilecimiento de los asignados reconocía muchas causas: su cantidad considerable; la incertidumbre sobre su valor, que debía desaparecer si la revolución sucumbía; la comparación con el numerario, que no perdía su realidad, así como con las mercancías, que, conservando su valor, no se querían dar por una moneda que ya no tenía el suyo. En tal estado de cosas, los capitalistas no se avenían á guardar sus fondos en forma de asignados, porque éstos perdían diariamente. Primero trataron de adquirir metálico; pero seis años de malestar atemorizaban á los vendedores y compradores de aquél; entonces pensaron en comprar géneros, pero su colocación era pasajera, porque no se podían guardar largo tiempo, y también peligrosa, porque el furor contra los logreros había llegado á su colmo. Buscábase, pues, seguridades en los países extranjeros: todos aquellos que tenían asignados apresurábanse á buscar letras de cambio sobre Londres, Amsterdam, Hamburgo, Ginebra y todas las plazas de Europa; para obtener estos valores extranjeros, daban los nacionales en sumas enormes, envileciendo y abandonando así los asignados. Algunas de estas letras de cambio se realizaban fuera de Francia y los emigrados percibían el valor. Magníficos muebles, restos del antiguo esplendor, consistentes en ebanistería, relojería, espejos, bronces dorados, porcelanas, cuadros y ediciones preciosas, pagaban estas letras de cambio, convertidas en guineas ó en ducados. Sin embargo, no se procuraba realizar sino la más pequeña parte; buscadas por capitalistas atemorizados, que no querían emigrar, sino adquirir una garantía sólida para su fortuna, quedaban casi todas en la plaza, donde los más alarmados se las transmitían entre sí, formándose de este modo capitales particulares, garantidos por el extranjero y rivales de nuestros asignados. Hay motivos para creer que Pitt aconsejó á los banqueros ingleses que firmaran una gran cantidad de este papel, y hasta que les abrió un crédito considerable para aumentar su masa, contribuyendo de este modo cada vez más á desacreditar los asignados.

Dábanse también mucha prisa para adquirir acciones de las compañías financieras, que parecían estar fuera del alcance de los ataques de la revolución y de la contrarrevolución, y que ofrecían además una colocación ventajosa. Las de la compañía de descuento go-

zaban de gran favor; pero buscábanse, sobre todo, con gran avidez las de la Compañía de las Indias, porque tenía en cierto modo una hipoteca que no podía embargarse, consistiendo en buques y almacenes situados en todo el globo. En vano se la sujetó á un considerable derecho de traspaso, pues los administradores eludían la ley suprimiendo las acciones y reemplazándolas por una simple inscripción, sin ninguna formalidad, en los registros de la compañía. De este modo defraudaban al Estado de una renta considerable, porque se efectuaban varios miles de transferencias al día, inutilizando las precauciones adoptadas para impedir el agiotaje. Inútilmente también se recargó el producto con un derecho de cinco por ciento de aquellas acciones: los dividendos se distribuían á los accionistas como reembolso de una parte del capital; y por medio de tal estratagemas, los administradores eludían también la ley. Así, pues, de 600 francos, estas acciones se elevaron á 1.000, á 1.200 y aun á 2.000 francos: eran otros tantos valores que se oponían á la moneda revolucionaria y que contribuían á su descrédito.

No sólo se oponían á los asignados estas especies de fondos, sino también ciertas partes de la deuda pública, y hasta otros asignados particulares. Existía en efecto un caudal de empréstitos suscritos en todas las épocas y en todas las formas; algunos remontaban á Luis XIII, y entre los últimos abiertos en tiempo de Luis XIV, los había de diversas creaciones. Preferíanse generalmente los anteriores á la monarquía constitucional á los suscritos por las necesidades de la revolución, y todos ellos se contraponían á los asignados hipotecados con los bienes del clero y de los emigrados. Por último, entre los asignados mismos se establecían algunas diferencias: de unos cinco mil millones emitidos desde la creación, mil habían vuelto á ingresar por las compras de bienes nacionales; quedaban en circulación unos cuatro mil millones, poco más ó menos, y de éstos podían contarse quinientos creados en tiempo de Luis XVI, con el busto real. Decíase que en caso de contrarrevolución serían más apreciados estos últimos, y admitidos cuando menos por una parte de su valor: por eso ganaban el diez ó quince por ciento más que los otros. Los asignados republicanos, único recurso del gobierno, única moneda del pueblo, estaban, pues, completamente desacreditados, y luchaban á la vez contra el metálico, los géneros, el papel extranjero, las acciones de las compañías financieras, los diversos créditos contra el Estado, y hasta contra los mismos asignados reales.

El reintegro de los empleos, el pago de los grandes suministros hechos al Estado para las necesidades de la guerra, y el apresuramiento de muchos deudores para satisfacer sus créditos, acumularon numerosos fondos en algunas manos. La guerra y el temor de una revolución terrible interrumpieron muchas operaciones comerciales, produciendo grandes liquidaciones, y aumentando aún la suma de los capitales estancados, al buscarse seguridades. Estos capitales, acumulados así, se utilizaban para un continuo agiotaje en la bolsa de París, cambiándose sucesivamente en oro, plata, géneros, antiguas contratas con el Estado, letras de cambio, acciones de las compañías, etc. Allí, según costumbre, intervenían esos jugadores aventureros que se lanzan en todos los azares, especulando sobre los accidentes

del comercio, sobre el abastecimiento de los ejércitos, la buena fe de los gobiernos, etc. Siempre al acecho en la bolsa, aprovechábanse de todas las alzas sobre la baja constante de los asignados; esta última comenzaba primero en la bolsa, con relación al numerario y á todos los valores movibles, y después con relación á las mercancías, que iban encareciéndose en las tiendas y plazas.

Sin embargo, los géneros no subían tan rápidamente como el metálico, porque hallándose los mercados lejos de la bolsa, no podían los vendedores comunicarse entre sí tan rápidamente como los agiotistas reunidos en una sala. La diferencia, determinada primero en la bolsa, no se pronunciaba, pues, hasta pasado algún tiempo más ó menos largo; de modo que el asignado de cinco francos, que ya no valía sino dos en aquélla, se aceptaba todavía por tres en los mercados, y los agiotistas tenían así el tiempo necesario para especular. Teniendo sus capitales dispuestos, tomaban metálico antes de la alza; apenas subía con respecto á los asignados, lo cambiaban con éstos, de los que tenían mayor suma, y como el género no había tenido tiempo de subir aún, con esta mayor cantidad de asignados adquirían una mayor de mercancías, revendiéndolas al restablecerse la proporción. Su táctica consistía en acaparar el numerario y el género mientras que uno y otro subiesen respecto al asignado, y su beneficio no era otro que el del aumento constante de todas las cantidades respecto al asignado. Era, pues, natural que se hicieran odiosos por buscar una ganancia fundada siempre en una calamidad pública. Sus operaciones se extendían á la variación de todas las especies de valores, tales como el papel extranjero, las acciones de compañías, etc. Aprovechábanse de todos los accidentes que podían producir diferencias, como por ejemplo una derrota, una proposición ó una falsa noticia, y constituían una clase bastante considerable. Contábanse en ella banqueros extranjeros, contratistas, usureros, antiguos sacerdotes ó nobles, advenedizos revolucionarios, y algunos diputados que, en honor de la Convención, no pasaban de cinco ó seis, y tenían la pérdida ventajosa de contribuir á la variación de los valores con proposiciones hechas de intento. Vivían entre los placeres con las actrices, las ex monjas y las condesas, que de la condición de queridas pasaban á ser negociantas ó hacían las veces de agentes. Los dos principales diputados metidos en estas intrigas eran Julián de Tolosa y Delaunay d'Angers, que vivían el primero con la condesa Beaufort y el segundo con la actriz Descoings. Preténdese que Chabot, disoluto como un ex capuchino, y ocupado algunas veces en cuestiones financieras, practicaba también este agiotaje, en compañía de dos hermanos, llamados Frey, á quienes se expulsó de Moravia por sus opiniones revolucionarias, y que fueron á París para dedicarse á los negocios de banca. Fabre d'Eglantine tomaba parte también, y acusábase á Dantón, aunque sin ninguna prueba, de no ser extraño al negocio.

La intriga más vergonzosa fué la que reunió al barón de Batz, banquero y hábil hacendista, con Julián de Tolosa y Delaunay d'Angers, los diputados más resueltos á hacer fortuna. Tenían el proyecto de denunciar las malversaciones de la Compañía de las Indias, hacer que bajasen sus acciones, comprarlas al punto, conseguir que subiesen después por medio de proposiciones,

y realizar así los beneficios del alza. D'Espagnac, aquel astuto abate que fué proveedor de Dumouriez en Bélgica, que obtuvo después la empresa general de acarreo, y cuyas contratas defendía Julián en la Convención, debía facilitar en agradecimiento los fondos del agiotaje. Julián de Tolosa se proponía comprometer también en esta intriga á Fabre, á Chabot y otros que podían ser útiles como individuos de diversos comités.

La mayor parte de estos hombres eran afectos á la revolución, y no querían desacreditarla; pero de todos modos, deseaban disfrutar de los placeres, asegurando su fortuna. No se conocían todas sus tramas secretas; pero como especulaban sobre el descrédito de los asignados, imputábaseles el mal de que se aprovechaban; y contándose en sus filas muchos banqueros extranjeros, creábaseles agentes de Pitt y de la coalición. También

se creía ver en esto la misteriosa y temida influencia del ministro inglés; y en una palabra, todos estaban igualmente indignados contra logreros y agiotistas y pedíanse para unos y otros iguales suplicios.

Vemos, pues, que mientras el Norte, el Rin, el Mediodía y la Vendée estaban invadidos por nuestros enemigos, los recursos de la hacienda consistían en una moneda no aceptada, cuyo resguardo era tan incierto como la misma revolución, y que á cada accidente disminuía de valor con relación al peligro. Tal era aquella situación singular: á medida que el riesgo aumentaba y que los medios hubieran debido ser mayores, disminuían por el contrario; alejábanse los recursos del gobierno y los víveres del pueblo, y era preciso crear á la vez soldados, armas y moneda para el Estado y el pueblo, asegurándose además las victorias.